

## Palabras del Dr. Gustavo Chiozza en la Cena de Camaradería Simposio 2018 50 años de la Institución

Resulta difícil comprender qué significa que la Institución haya cumplido 50 años. Salvo Chiozza, el resto de nosotros sólo hemos compartido una parte de ese recorrido, de modo que al intentar imaginar el principio, lo natural es que evoquemos “nuestro” principio con la institución, como vimos que acaba de ocurrir. Yo voy a evocar el mío. Yo conocí el CIMP de la calle Charcas, recuerdo que mi madre nos vestía elegantes y nos llevaba a que viéramos, lo que hacía nuestro padre como hoy hace mi mujer con mis hijos. A muchos de los miembros de la Institución los conocí en mi casa; a los más allegados a mi padre, en el río, fin de semana tras fin de semana. Los amigos de los padres son para los hijos una suerte de familia extendida. Uno tiene la sensación de que recibe de ellos un cariño que no es proporcional al vínculo; siente que ellos lo conocen a uno mejor y que lo quieren a uno más de lo que uno los conoce y los quiere.

Empecé a hacer grupos de estudio a una edad que hoy resultaría escandalosa, de modo que cuando en el año 84 ingresé al curso preparatorio para Escuela del CIMP, del CIMP de la calle Maure, mis maestros eran para mi una especie de tíos con los que estaba muy acostumbrado a bromear; me costaba verlos tan serios en sus funciones. La Licenciada Aizenberg era “Sil”, la hermana de Richo, la esposa de Sergio, y el doctor Dayen era “ese muchacho tan simpático que tocaba la guitarra”.

Creo que nunca logré ubicarme del todo y entender cuál era mi lugar. Me tomó tanto tiempo que para cuando habría podido lograrlo mejor, las cosas ya habían cambiado de nuevo: ahora eran **mis** colegas y **mis** amigos. Una familia que no sólo me había tocado, sino que ahora también elegía yo. Como ven mi historia con la Institución es tan singular como la de cada uno de ustedes, por eso podemos compartirla pero seguramente no comprenderla del todo.

De modo que voy a tratar de comprender qué significan esos 50 años en sí; como un hecho aparte de la historia de cada uno. Y lo primero que me surge cuando pienso en eso es el significado de la persistencia en el tiempo. Se suele hablar del Siglo del Psicoanálisis, del siglo pasado, en realidad es un poco más, ahora serían 120 años. Pensemos que el psicoanálisis tiene 120 años y nuestra Institución tiene medio siglo, poco menos de la mitad de esa cifra.

La Institución ha ido fluctuando en distintas épocas; ha tenido más miembros, menos miembros, las actividades no fueron siempre del todo iguales. En una época se hacían los trabajos de viernes en enero. El primer Simposio del año 69 duro tres días y tenía 60 trabajos; claro había muchos más miembros. La mayoría de los Simposios tenían 40. Hay una Memoria en la Institución que hicieron el Doctor Dayen, la Licenciada Dayen, algunos miembros más, María Estela Bruzzon creo, la Licenciada Casali. Vale la pena darle una mirada, ahí está todo lo que se hizo.

Pero para evitar esas fluctuaciones y ponerlo de un modo más concreto se me ocurrió que podríamos multiplicar los 50 por lo que acabamos de hacer el año pasado. Si así hiciéramos para representarnos esos 50 años de trabajo serían, por ejemplo, 2.000 horas de Seminario de Jueves. Eso significa 2.000 sesiones de pacientes. Serían 1.600 trabajos de viernes, unas 40.000 páginas escritas; y también, 1.150 trabajos de Simposios, 200 películas (si sumamos el cine de los domingos y si sumamos que en otros años hacíamos 8 películas por año, casi que podríamos poner un Video Club).

Obviamente no todos compartimos ese patrimonio cultural en la misma medida; pero todos recibimos el sustrato de toda esa experiencia en forma de convivencia. Nuestra manera de escribir, de pensar, de participar, todo eso que hoy nos parece tan natural como si fuera la manera obvia, la única manera en que se hacen las cosas, es en verdad una artesanía preciosa que se ha ido elaborando y perfeccionando a lo largo de medio siglo de experiencia.

Una vez adquirido ese patrimonio cultural de medio siglo, pasa a ser definitivamente nuestro; ahora es nuestra forma de ser psicoanalistas. Esto nos convierte en parientes, nos convierte en hermanos, en descendientes de un mismo linaje, un linaje intelectual. Este es un lazo muy fuerte y muy difícil de disolver. Si cualquier de ustedes hoy va a la APA no le costará reconocer a aquellos que una vez se formaron en el CIMP.

Otra idea que interesante que me suscita pensar en los 50 años de la Institución, es pensar que hace 51 años la Institución no existía. Eso que pensamos que siempre estuvo, eso que damos por hecho, hubo que hacerlo. Y lo más increíble de todo es que los que lo hicieron no son los maestros experimentados que hoy conocemos o bien en persona o bien a través de su legado. Aquellos que respetamos y veneramos.

Eran una pandilla de jóvenes idealistas, entusiastas y apasionados. En el año 67 Fidas Cesio tenía 45 años, Chiozza tenía 37 como el resto de la Comisión Directiva (quien más quien menos). Esto a mí me resulta conmovedor. Hay una historia que cuenta Paul Auster en la película *Smoke*. La historia es la siguiente: un hombre va a esquiar a la montaña, sucede una avalancha, el hombre muere y el cuerpo nunca es encontrado. Ese hombre tenía un hijo, ese hijo crece y también se hace esquiador. Un día el hijo va esquiar y hace una pausa para almorzar y cuando se agacha para buscar un sándwich de su mochila, ve en el piso una figura humana atrapada en un bloque de hielo. Limpia la nieve y, al acercarse a la cara de la figura, le parece que se está viendo a sí mismo en el espejo. Es el cuerpo de su padre. Y lo interesante es que el padre es más joven que el hijo.

Pensar en estos jóvenes —más jóvenes de lo que yo soy ahora— me resulta profundamente conmovedor ¿Se alcanzan a imaginar el esfuerzo que significa hacer una Institución? ¿Elaborar una sociedad encomandita por acciones? ¿Alquilar una Sede? ¿Contratar el personal? ¿Elaborar los programas de estudio,

los programas de actividades? ¿El esfuerzo económico? ¿El esfuerzo administrativo?

Sería interesante que pudiéramos comparar esa tarea con el esfuerzo que hoy nos representa a nosotros pagar la cuota. Con el esfuerzo que nos representa venir los viernes. Con el esfuerzo que nos representa dar un seminario, escribir un trabajo. Con esto estoy conciente de que meto en un brete, porque en modo alguno quisiera restarle merito a los fundadores de esta Institución. Pero tampoco quiero figurarlos como seres excepcionales de otro planeta, irrepetibles.

Yo creo que si esos jóvenes pudieron también nosotros deberíamos poder. Por suerte no tenemos que hacer una Institución, sólo tenemos que sostener la que ya tenemos. Pensemos en todo lo que tendríamos por ganar si por ejemplo pudiéramos persistir 10 años más. Habríamos escrito, leído y discutido 330 trabajos de viernes más; 230 trabajos de Simposio más. Habríamos de ver, analizar y discutir 40 películas más. Imagínense todo lo que podríamos saber como resultado de esa tarea. Todo lo que habríamos de haber pensado, todo lo que habríamos de haber discutido. Todo lo que habríamos de haber aprendiendo. Pensemos por ejemplo ¿Qué sabíamos hace un año atrás acerca de los Sistemas Porta, de la Osteogénesis Imperfecta o de Liliana Maresca?

Como ven, pertenecer a esta Institución es una experiencia intensa, no hace falta hacer turismo; y sobre todo es acumulativo, año tras año vamos acumulando más y más experiencia. Juntos somos un ensamble creativo que nos mejora a cada uno de nosotros; año tras año como a los buenos vinos. Eso es algo que no se puede comprar hecho. Es algo que uno no puede hacer solo. Deberíamos intentarlo aunque más no sea como una forma de honrar la herencia recibida. Si esos jóvenes sin experiencia pudieron hacerlo, nosotros aprovechando esa experiencia de medio siglo deberíamos poder sostenerlo. Hacer que sea cierto eso que dice la canción de cumpleaños: “y que cumplas muchos más”.

Yo no dudo que todos y cada uno de nosotros tenemos ese deseo, pero para poder emular a los fundadores además de ese deseo, necesitamos la voluntad, conectarnos con el entusiasmo y con el optimismo. Convencernos de que si ellos pudieron nosotros también vamos a poder. Como se dice en la peleas de perros: “Lo que cuenta no es el tamaño del perro en la pelea, si no el tamaño de la pelea en el perro”.

Muchas gracias